

LXXV.

Sigue Clauso, y en modo vário atierra
Tres Tracios, de la estirpe enaltecida
De Bóreas; y otros tantos que á la guerra
Enviaron el padre de ellos, Ida,
E Ísmara su patria. Haleso cierra,
Y cierran los Auruncos en seguida,
Y Mesapo, aquel hijo de Neptuno,
En caballos insigne cual ninguno.

LXXVI.

Cada uno á su adversario al mar cercano
Lanzar intenta con ardiente brío:
Confin de Ausonia aquel humilde llano
Fué cerrado palenque al desafío,
Donde latino ejército y troyano
Disputan de la tierra el señorío:
Ya en pugna cada vez más densa y brava,
Brazo con brazo, pié con pié se traba.

LXXVII.

No de otra suerte en la region vacía
En desapoderado afan los vientos
Alzan tal vez descomunal porfía
Con fuerza igual de opuestos movimientos;
Y ni los nublos ni la mar bravía,
Ni entre sí los contrarios elementos
Ceden: largá es la lid, y en fiel persiste;
Todo, en conflicto universal, resiste.

LXXVIII.

Entre tanto los árcades soldados
Han venido á un lugar donde el terreno
Dejó un crecido arroyo de arrancados
Arboles, y rodadas piedras, lleno:
Soltando los trotones, mal hallados
En tan fragoso sitio á usar del freno,
Si supiesen, á pié combatirían;
Mas principiaron mal, y pronto cian.

LXXIX.

Palante dar les ve la espalda, y luégo
Mira al Latino que les va al alcance,
Y con voces ya amargas, ya de ruego
(Postrer recurso en tan difícil trance),
«¡Compañeros!» les dice, «¿un pavor ciego
Será que á fuga ignominiosa os lance?
Por tanto paso en que adquiristeis gloria,
Por tanta conquistada alta victoria,

LXXX.

»Por nuestro rey Evandro, y la esperanza
Que en vosotros cifró la ambicion mia,
Émula de mi padre á la alabanza,
¡Oh! ¡volved caras! Hay que abrimos via
Entre enemigos á poder de lanza;
Y donde grupo hostil nos desafia
Más denso, por allí la Patria manda
Que atraviése Palante con su banda!

LXXXI.

»¡No hay Dioses en la lid! somos mortales,
Y es mortal el contrario que os aterra;
Brazos tenemos y ánimos iguales.
O á Troya ó á la mar: la mar nos cierra
El paso con sus moles colosales;
Troya nos llama; efugio no hay por tierra;
Amigos, elegid sin más tardanza!»
Dice, y entre el tumulto se abalanza.

LXXXII.

El primero en ponérsele delante
(A quien mala ventura su rüina
Aconseja) fué Lago: en el instante
Que un gran guijarro á desraigar se inclina,
Venablo duro voleó Palante,
E híncaselo allí donde la espina
Por medio las costillas demarcaba;
Ya adherido á los huesos, lo desclava.

LXXXIII.

Miéntas él á cobrar el arma atiende,
En venganza se arroja y en relevo
Del muerto amigo, Hisbon, y airado emprende
Sobrecoger el árcade mancebo.
Inútil fué su arrojó; le sorprende,
Mal prevenido contra golpe nuevo,
Palante, revolviendo de contado,
Y hún dele el hierro en el pulmon hinchado.

LXXXIV.

Y á Estenio, y á Anquemolo, de la gente
De Reto antigua originario, embiste,
El cual de la madrastra osó impudente
Manchar el lecho, y hoy á Turno asiste.
Al filo de su acero juntamente
Caiste tú, Laride, y tú caiste,
Mísero Timbro, en los rutulios llanos:
Hijos de Dauco, idénticos hermanos.

LXXXV.

¡Cuán dulce el confundir los dos gemelos
Fué á sus padres! Con arma hora los pide
Que el suyo le ciñó, Palante; ¡y hélos,
Qué atroz desemejanza los divide!
Pues rodó tu cabeza por los suelos,
¡Oh Timbro! y dueño busca en tí, Laride,
Semiviva tu diestra cercenada,
Y áun los dedos crispando, ase la espada.

LXXXVI.

Sigue Palante, y penetrando el viento
Con un fiero lanzon que á Ilo dispara,
Clava á Reteo, que á la fuga atento
Su carro de dos potros alanzara
En medio á éste y aquél. Por un momento
Ilo así, sin pensarlo, el golpe pára;
Cayó el otro, y asurcan sus talones
El campo de las rútilas legiones.

LXXXVII.

Y fué así que Reteo en ese instante
De tí, gran Teutra, y de tu digno hermano
Tíres, dábase á huir; que de Palante
Ya entónces el ejemplo no era en vano:
No; que á su voz, á su ímpetu arrogante
El dolor y el pudor se dan la mano
A armar las de los Arcades, que anhelan
Venganza, y de él en torno densos vuelan.

LXXXVIII.

Tal, por diversos puntos, en verano
Pastor cuidadoso un bosque incendia, y tales
Con el viento las haces de Vulcano
Vencen los interpuestos matorrales
Y unidas corren sobre el ancho llano:
Él, en alto sentado, los triunfales
Esfuerzos de las llamas y su ira
Con victoriosa complacencia mira.

LXXXIX.

Haleso, de otro lado, en armas fuerte,
Embebido en las suyas se adelanta,
Y á Féres, á Demódoco da muerte,
Y á Ladon. A Estrimonio, que levanta
El brazo, un tajo asesta, y cae inerte
La mano que amagaba á su garganta.
Con piedra hunde á Toante el cráneo, y huesos
Mezclados esparció de sangre y sesos.

XC.

Cuidó en las selvas ocultar temprano
Á Haleso, de desgracias agorero
Su padre; mas no bien cerró, ya anciano,
Los blancos ojos al sopor postrero,
Las Parcas, salteando al hijo arcano,
De Evandro le consagran al acero.
Contra él Palante, ántes que el dardo libre,
En sumisa oracion invoca al Tibre:

XCI.

«Padre Tibre! murmura, «porque hiera
Al duro Haleso el corazon, envió
Esta arma voladora: en su carrera
Tú concede fortuna al hierro mio,
Y colgaré á una encina en tu ribera
El despojo marcial.» Oyóle el rio;
Y Haleso, á punto en que á Imaon guarnece,
El pecho al golpe arcadio inerme ofrece.

XCII.

Al gran fracaso del sin par guerrero
Temiendo que se arredre y desbarate
El ejército, avánzase ligero
Lauso, en la guerra alto poder: su embate
De frente Abante recibió el primero,
Que era el nudo y firmeza del combate;
Y sucumben tras él árcades gentes,
Y sucumben tirrenos combatientes,

XCIII.

Y áun vos, reliquias del rebato griego,
¡Oh Teucros! Ya ambas huestes férreos lazos
Con caudillos iguales, igual fuego
Traban, y abrevian de la lid los plazos:
Apreman los de atras; el tropel ciego
Menear no permite armas ni brazos;
Y á un punto acorren con vigor pujante
Contrarios entre sí Lauso y Palante.

XCIV.

En edad uno y otro floreciente,
Ambos son en belleza singulares,
Emulos en fortuna, ¡ay! que inclemente
Tornar les veda á los nativos lares;
Mas el Rey del Olimpo no consiente
Que lleguen á medir sus fuerzas pares:
A mayor enemigo reservados
Marchan los dos bajo terribles hados.

XCV.

A Turno su divina hermana exhorta
A que salte, y auxilio á Lauso preste;
Y él, á su voz arrebatado, corta
En carro volador la armada hueste,
Y, á los suyos mirando, dice: «Importa
Que treguas deis: yo lidiaré; sea éste
Combate singular; Palante es mio.
¡Así viese su padre el desafío!»

XCVI.

Dijo, y campo la turba le franquea
Pasmado oyendo aquel audaz mandato,
Y viendo el pronto obedecer, rodea
Palante á Turno con la vista un rato;
Por su cuerpo gigantesco pasea
Los ojos: rabia muda en ceño ingrato
Muestra á distancia: al fin, sin más res; eto,
Sale, y contesta del tirano el reto:

XCVII.

«Despojo opimo arrancaré mi espada,
Ó, con gloria tambien, daré la vida.
A un caso y á otro apercebido, nada
Del padre ausente el ánimo intimida.
Modera tu soberbia desbocada!»
Dice, y avanza á do sus fuerzas mida:
El árcade escuadron tiembla y recela;
En los pechos la sangre el pavor hiela.

XCVIII.

De su carro á la vez Turno se apea,
De dos brutos tirado; y marcha al duelo
En silencio y á pié. Cual leon, que otea
En lontananza á un toro audaz que el suelo
Escarbando se apresta á la pelea,
Y á él de su alta guarida acude á vuelo,
Tal fué del adalid la semejanza
En el momento en que á lidiar se avanza.

XCIX.

Ya que Palante á Turno estar advierte
A tiro de asta, él desde luégo embiste,
Por sí, premiando al más audaz, la suerte
Al ménos esforzado fausta asiste;
Y ántes al aire inmenso de esta suerte
Oró: «Tú, Alcides, si de Evandro fuiste
Huésped, y amigo te sentó á su mesa,
¡Oh! dame ayuda en mi arriesgada empresa!

C.

»Haz que Turno me mire á él moribundõ
Arrancarle las armas en despojos,
Sangrientas; y al cerrarlos hoy al mundo
Haz que me sufran vencedor sus ojos!»
Oyó Alcides su voz, y en lo profundo
Del pecho comprimió tristes enojos
Haciendo inútil llanto. Jove al hijo
Estas palabras de consuelo dijo:

CI.

«A cada cual fijado está su dia;
De la vida los términos estrechos
Mortal ninguno traspasar podria;
Mas la fama extender con grandes hechos
Es dado á la virtud. ¿Hora sombría
A cuántos no abatió, gloriosos pechos
De sangre diva, al pié de la alta Troya?
Aun mi hijo Sarpedon se hundió en la hoya.

CII.

»Turno mismo á la meta señalada
Ya llega: el hado inevitable gira
Sobre su frente.» Dice, y la mirada
Del campo de los Rútulos retira.
Palante á esta sazón su lanza osada
Con grande esfuerzo á su adversario tira,
Y arranca de la vaina incontinentemente
La espada, que en su mano arde luciente.

CIII.

Allí el asta fué á dar donde eminente
La armadura protege al hombro, y pudo
Rasguño leve, al fin, al cuerpo ingente
De Turno hacer, despues que de su escudo
Las orlas penetró. Calmosamente
Fornido azcon que acaba en hierro agudo
Blandiendo Turno estuvo rato largo,
Y estas voces lanzaba en tono amargo:

CIV.

«Tú ahora probarás si es más certero
Mi dardo, y más que el tuyo penetrante.»
Dijo; y aunque de láminas de acero
Cubierto, y férreas planchas, de Palante
El broquel, y aforrado en recio cuero,
Por medio hendió la punta con vibrante
Empuje, y dividiendo la trabada
Loriga, el ancho pecho al triste horada.

CV.

El cual, en vano, arráncase caliente
 El hierro de la llaga; sangre y vida
 Huyen por una senda juntamente.
 Agobiado cayó sobre la herida;
 Aquel suelo enemigo con la frente
 Ensangrentada hirió, y en su caída
 Las armas resonaron. En voz alta
 Así clamando Turno encima salta:

CVI.

«Id, Árcades; y á Evandro en nombre mio
 Direis que al hijo, en la manera aciaga
 Que por su culpa granjeó, le envío.
 Que los honores últimos le haga
 Permítote, consuelo, ¡ay de él! tardío,
 Pues caro siempre el hospedaje paga
 De Enéas.» Calla, y con la planta izquierda
 Hace al yerto adalid que el polvo muerda.

CVII.

Del rico talabarte le despoja
 Al mismo tiempo, el cual ostenta impresos
 Cincuenta infaustos tálamos que moja
 Sangre de esposos míseros, opresos
 Por viles fembras, en mortal congoja
 Vuelto el gozo nupcial: fieros sucesos
 Que en chapas de oro ayer Clonio esculpiera;
 Hoy de ello Turno ufano se apodera!

CVIII.

Mas ¡ay! alucinada fantasía
 Del hombre, que la suerte venidera
 No conoce jamás; jamás, el día
 De la dicha, sus ímpetus modera!
 Tiempo será en que Turno compraría
 La vida de Palante si pudiera,
 Nunca manos pusiera en él, y á enojos
 Este triunfo tendrá y estos despojos!

CIX.

Los Árcades, con gran gemido y llanto,
 A Palante sacaron de la arena
 Puesto sobre un escudo. ¡Ay triste! ¡cuánto
 De gloria al genitor, cuánto de pena
 Llevas! Róbate envuelto en alto espanto
 El día mismo que en la lid te estrena;
 Mas no sin que ántes dejes de hombres muertos
 Los campos de los Rútulos cubiertos!

CX.

En tanto á Enéas, no el susurro llega,
 Sí mensajero cierto del fracaso;
 Que es perdida, le dice, la refriega,
 Si él no acude. A su voz se lanza, y paso
 Se abre á filo de espada; en torno siega
 Cabezas, ancho campo deja raso,
 Y á Turno, que en su triunfo se encarniza,
 Ardiente busca en la revuelta liza.

CXI.

No se apartan un punto de su mente
 Palante, Evandro: aquellos fraternales
 Banquetes á que huésped fué presente,
 Aquellas diestras que estrechó leales.
 Cuatro hijos de Sulmon, cuatro que Ufente
 Nutriera, coge vivos, á los cuales
 La amada sombra honrando él mismo hiera,
 Y su cautiva sangre dé á la hoguera.

CXII.

De léjos lanza airada arroja luégo
 A Mago, que mañoso el golpe esquivó
 Y á sus rodillas con lloroso apego
 (Por encima la lanza fugitiva
 Pasó vibrando) exhala humilde ruego:
 «Deja que á un padre yo, que á un hijo viva;
 Hazlo en amor de ese hijo en quien esperas,
 Por la sombra del padre á quien veneras!

CXIII.

»Rescate ofrezco: tengo una alta casa,
 Y allí de plata, en sótano profundo,
 Cincelados talentos, y sin tasa
 De oro labrado y sin labrar abundo.
 ¿O piensas que á tu campo el triunfo pasa
 Porque esta alma mezquina huya del mundo?
 ¿Qué gaje para tí, qué gloria es ésta?»
 Enéas irritado le contesta:

CXIV.

«Libre herede tu prole, de oro y plata
 Ese caudal que tu palacio encierra;
 Turno, muerto Palante, el fuero mata
 De los pactos y trueques de la guerra.
 Esta es al padre, ésta es al hijo grata
 Sentencia.» Dice; con la izquierda aferra
 El yelmo, y hasta el puño en la doblada
 Cerviz del suplicante hunde la espada.

CXV.

Ved al hijo de Hemon que se avecina,
 Sacerdote de Febo y de Diana:
 Honra sus sienes la ínfula divina,
 Y todo él resplandece, de galana
 Ropa cubierto y de armadura fina.
 Cierra Enéas con él, con furia insana
 Le echa á tierra, y sobre él se regocija,
 Y con sombra de muerte le cobija.

CXVI.

Recoge en hombros el soberbio arreo
 Seresto: á tí, que el campo en sangre bañas,
 Alzarle ha, rey Gradivo, por trofeo.
 Ya en contra veo á Umbron (que las montañas
 De los Marsos dejó), con él ya veo
 Restablecer la lid con sus hazañas
 A Céculo, hijo ardiente de Vulcano.
 A ellos se lanza el adalid troyano.

CXVII.

El cual de un tajo derribado habia
 A Anxur la izquierda mano y del escudo
 El cerco ponderoso (Anxur, que fia
 En cierta frase mágica, y desnudo
 Por ella de temor, ya al cielo erguia
 El pensamiento, y prometerse pudo
 Edad prolija y venerables canas:
 ¡Todo error grande y esperanzas vanas!);

CXVIII.

Cuando, con armadura refulgente,
 De Fauno que en las selvas habitaba
 Y la ninfa Driope procedente,
 Tarquito arrostra audaz su furia brava:
 A éste la cota y el paves ingente
 Con su asta misma él de traves entraba,
 Y la cabeza al que, rogando, áun iba
 Mil cosas á decir, hiere y derriba.

CXIX.

Y el caliente cadáver impeliendo,
 Con pecho rencoroso dice encima:
 «Madre aquí no vendrá, ¡jayan tremendo!
 Que tu cuerpo con blanda tierra oprima,
 Ni habrás patrio sepulcro. Te encomiendo
 A las aves de presa, ó á la sima
 Te lleven de la mar sus ondas vagas
 Y peces gusten tus sangrientas llagas.»

CXX.

Luégo á Anteo y á Luca se convierte,
 Avanguardia de Turno, al bravo Numa;
 Y al hijo de Volcente, aquel Camerte
 De faz bermeja, á quien riqueza suma
 De tierras entre Ausonios cupo en suerte,
 Y reinó en la callada Amicla, abruma;—
 Caliente ya su acero, en la campaña
 Desborda el héroe inatajable saña.

CXXI.

No de otra suerte contra el cielo un día
 Cien brazos Egeon y manos ciento
 Ejercitaba en dura rebeldía,
 Y de sus pechos inflamado aliento
 Por las cincuenta bocas despedía,
 Y de Jove á los rayos igual cuento
 Contrapuso de escudos y de puntas,
 Todos crujiendo, y amagando juntas.

CXXII.

Ya á los cuatro caballos se encamina,
 Que bríosos avanzan, de Nifeo;
 Ven que los dientes con furor rechina,
 Venle acercarse á paso giganteo,
 Y temieron, y en fuga repentina
 Dan al carro hácia atrás brusco rodeo:
 Quedó en tierra tirado el triste auriga,
 Y vuela al mar la alígera cuadriga.

CXXXIII.

Al campo en esto, rebotando en ira,
 En carro llegan Líger y Lucago
 Que alba pareja de caballos tira:
 Las riendas rige aquél; haciendo estrago
 Este la espada fulminante gira.
 No sufrió Enéas el soberbio amago;
 Y ya á los dos hermanos firme avanza,
 Gigantesco de verse, alta la lanza,

CXXXIV.

«Caballos de Diomédes frigia tierra
 Aquí no ves hollar, ni aquesta brida
 De Aquiles rige el carro: aquí la guerra
 Acabará, y acabará tu vida!»
 Esto Líger diciendo, ¡cuánto yerra!
 Léjos voló su necio hablar. Ni cuida
 Enéas con razones contestalle;
 Con arma, sí, que de terror le acalle.

CXXXV.

A aguijar los trotones se doblega
 Lucago, y en sazón que echa adelante
 El pié siniestro, á lid dispuesto, llega
 Y la orla baja del broquel brillante,
 Y la ingle izquierda luégo, el asta ciega
 Taládrale. Rodando en el instante
 Moribundo se arrastra el infelice;
 Y en tono amargo el vencedor le dice:

CXXXVI.

«No de enemiga fila espectro vano,
 Ni ya de tus bridones tardo el vuelo,
 Lucago, te entregó. Saltaste al llano
 Sobre las ruedas por tu propio anhelo.»
 Dice, y ase del tiro. El triste hermano
 Del carro mismo se escurriera al suelo
 Y las inermes palmas extendía,
 Y esta plegaria balbuciente envía:

CXXXVII.

«Por tí, y aquellos á quien es debido
 Tu sér, ¡que con piedad, señor, me veas,
 Y esta vida me dejes que te pido!»
 Rogando sigue; y replicóle Enéas:
 «No así hablabas en ántes, fementido;
 Vé, y fiel hermano con tu hermano seas!»
 Y con la espada el pecho vengadora,
 Santuario del alma, hondo le explora.

CXXXVIII.

Por el campo con ímpetu creciente
 El dardanio adalid destrozos tales
 Hacía, cual horrisono torrente
 Ó cual negra legion de vendavales
 Enfurecido. Y ved que de repente
 Salen, desamparando los réales,
 El infantil caudillo y sus soldados
 Con dicha á dura extremidad llegados.

CXXIX.

«Amadísima esposa y dulce hermana!»
 Así Jove entre tanto dice á Juno,
 A ella vuelto de grado: «no fué vana
 Tu prevision; auxilio da oportuno
 Vénus sin duda á la nacion troyana:
 Ni ánimo ellos viril ni ardor alguno
 Tienen para la guerra (bien dijiste);
 Ni fuerza ni constancia les asiste!»

CXXX.

Sumisa contestó la excelsa Diosa:
 «Hermosísimo esposo de mi vida!
 ¿Por qué haces en esta ánima, medrosa
 De tus duros mandatos, nueva herida?
 Si aún dieses, cual debieras, á tu esposa
 De aquel antiguo amor llena medida,
 No me negaras, soberano dueño,
 Sacar á Turno del sangriento empeño.

CXXXI.

»Y yo á Dauno su padre le tornara
 Incólume... ¡Pues no! ¡ruede en el suelo,
 Y en su sangre inocente enmienda cara
 Tomen los Teucros! Por tercero abuelo
 Cuente en vano á Pílumno; su preclara
 Estirpe en vano se remonte al cielo,
 ¿Qué te importa? y de ofrendas mil en vano
 Haya ornado tus pórticos su mano!»

CXXXII.

Así entónces le dió respuesta breve
 El Señor del etéreo alcázar: «¿Plazo
 Quieres mayor para el doncel que debe
 Caer al fin bajo enemigo brazo?
 Si eso te basta, no será que pruebe
 Tu justo anhelo en mí duro rechazo:
 Prófugo á Turno saca del combate,
 Y que el golpe inminente se dilate.

CXXXIII.

»Y nada más: si á vueltas de tu ruego
 Halagas encubierta confianza
 De reprimir de la discordia el fuego
 Y en los hados hacer total mudanza,
 Hasta ese punto en mi poder no llego,
 Y alimentas inútil esperanza.»
 Tornó Juno, los ojos hechos fuente,
 A hablar, y dijo así con voz doliente:

CXXXIV.

»¡Si lo mismo, Señor, que aún no deparas
 En voz expresa, el corazón queriendo
 Lo acordase, y la vida aseguraras
 Que hoy á Turno perdonas! ¡No que horrendo
 Fin le espera inculpable! ¿Ó á las claras
 Yo, de asustada, la verdad no entiendo?
 ¡Ojalá que me engañe, y dé tu Alteza
 Rumbo mejor á lo que á ser empieza!»

CXXXV.

Dijo, y de lo alto se lanzó del cielo
 Moviendo tempestoso torbellino,
 Cubierta en torno de nimboso velo:
 A las haces troyanas y al latino
 Campamento encamina recto el vuelo;
 Luégo, á imágen de Enéas (¡oh divino
 Prodigio!), de sutil vapor su mano
 Un espectro fabrica hueco y vano.

CXXXVI.

Y de imitado arnes y falso escudo
 Reviste á aquel fantasma; de la hadada
 Cabeza del Troyano el penachudo
 Morrion le finge, y la dardania espada;
 Voz vana, acento de intencion desnudo
 Le da, y remedo de viril pisada;
 Cual soñada vision, ó aparecida,
 Que se alza, dicen, al faltar la vida.

CXXXVII.

Ya el fingido guerrero sale á plaza,
 Y acicalado á vista gallardea
 De las primeras filas, y amenaza
 Al contrario, y le llama á la pelea.
 Encárasele Turno, y desembraza
 Desde léjos la lanza que blanda,
 Silbante: la fantástica figura
 Vuelve la espalda y huye con presura.

CXXXVIII.

Cayó Turno en la red; y á la esperanza
 De acabar con Enéas, aire toda,
 El alma, lisonjero á la venganza,
 Abrió sedienta, de placer beoda.
 Y «¿A dónde, Enéas, vas?» grita, y se lanza;
 «No, no abandones la ajustada boda!
 Tierra que, hendiendo el mar, buscando vienes,
 Te la dará mi diestra; aquí la tienes!»

CXXXIX.

Tales clamores, insensato, exhalas
 Vibrando el hierro vengador, que envía
 Centellas; ¡y no ves que el viento en alas
 Tu deseo se lleva y tu alegría!
 Echado el puente y puestas las escalas,
 Pegada á un alto escollo estar se via
 La nao en que de Clusio el rey Osinio
 Llegara allí con militar dominio.

CXL.

A ella la sombra, tímida y ligera,
 Corre á ocultarse. No se desconhorta
 Turno, demoras vence, de carrera
 Los altos puentes salta, al barco aporta.
 Mas no bien de la proa se apodera,
 Juno invisible ya la amarra corta,
 Al lance atenta, y de la orilla suelto
 El casco arrastra sobre el mar revuelto.

CXXI.

Ni ya el fantasma de ocultarse trata,
Mas alzándose en forma inconsistente
Oscura nube al aire se dilata.
Y mientras busca á su rival ausente
En medio Enéas de la liza, y mata
A cuantos por do pasa le hacen frente,
Envuelto en impensado torbellino
Ya Turno de alta mar lleva camino.

CXXII.

Ingrato á un beneficio que no entiende
Tornó á mirar, y con doliente grito
Entrambas manos hácia el cielo extiende:
«¡Omnipotente padre! ¿Qué delito
Cometí, que tu saña así se enciende
Y mal tan grande sobre mí concito?
¿Qué es de mí? ¿dónde estoy? ¿Qué fuerza nueva
A dónde, en fuga, y como quién me lleva?

CXXIII.

»¿Acaso hácia Laurento rumbo sigo?
¿Ó volveré por suerte á mis reales?
¿Y qué dirán aquellos que conmigo
Vinieron á la guerra, y á los cuales
(¿Es verdad? ¡oh vergüenza!) al enemigo
Abandoné y á horrores funerales?
Ya, ya los veo que dispersos mueren;
¡Ay! ¡sus lamentos mis oídos hieren!

CXXIV.

»¡Abriese, á devorarme, una honda boca
La tierra! Ó vos, más bien, al ruego mio
Venid, ¡oh vientos! contra dura roca
Arrebatad piadosos mi navío;
Esperanzado en vos Turno os invoca!
¡Allá estrelladme en áspero bajo,
Do Rútulos no lleguen, ni importuna
Fama me siga ni memoria alguna!»

CXXV.

Dice, y en zozobrante afán no sabe
Entre intentos dudosos qué decida:
O si ya, enloquecido por tan grave
Afrenta, el pecho sin piedad divide
Con frenético acero; ó de la nave
Se arroje, y á poder de brazos pida
En su bélico ardor la orilla corva
Venciendo el ponto que lidiar le estorba.

CXXVI.

Tres veces uno y otro pensamiento
Traer á ejecucion el triste ensaya,
Y tres veces tambien su osado intento
La Diosa que le asiste puso á raya,
Condolida; y en blando movimiento
Hace que en brazos resbalando vaya
De hirviente espuma á términos seguros:
Del padre Dauno á los antiguos muros.

CXLVII.

Mezencio á esta sazón, por sugeriones
De Jove, suple del que huyó la falta,
Y con valor sereno las legiones
Teucras invade, á quien el triunfo exalta;
Embisten los tirrenos escuadrones
Al odiado adalid que al campo salta;
Contra él, todos contra él vuelven sus miras
Con densas armas y comunes iras.

CXLVIII.

Mas él, como alto escollo, inmoble, osado,
Que reina sobre el mar, y combatido
Por las ondas y vientos, sin cuidado
Oye de hondas y vientos el bramido,
Así resiste á un lado y á otro lado.
A Hebro Dolicaonio, sin sentido
Echa á tierra, y á Látago derriba,
Y á Palmó en su carrera fugitiva.

CXLIX.

No á estos dos de una suerte; que de roca
Con un pedazo enorme se adelanta
A Látago, y le aplasta rostro y boca;
Mas á Palmó una corva le quebranta,
Y déjale arrastrar, miéntras coloca
La ganada armadura, que levanta,
En los hombros á Lauso, y en la frente
El crestón del rendido combatiente.

CL.

Mató luégo Mezencio al frigio Evante;
Y á Mimante, que á París compañía
Hizo, en edad y en gustos semejante:
Hécuba el hacha que soñado habia
Dió á luz la noche misma en que Mimante
A Amico de Teana le nacia:
Aquel reposa bajo el patrio cielo;
Cae éste oscuro en peregrino suelo.

CLI.

Cual jabalí que en años se aposenta
Allá en Vésulo, entre alto y alto pino,
O de selvosas cañas se apacienta
Oculto en el pantano Laurentino;
El cual feroz se pára, y nadie intenta
De cerca herirle, si á las redes vino
A colmilladas de uno y otro perro;
Los dientes cruje, eriza frente y cerro,

CLII.

Y á todo lado impávido amenaza;
Y á distancia dan voces y se airan
Los monteros en torno, y él rechaza
En sus lomos los chuzos que le tian:
Contra Mezencio en semejante traza
Los que con justa indignacion le miran,
Muestran, no cuerpo á cuerpo, sus furoros,
Sino á trechos, con dardos y clamores.